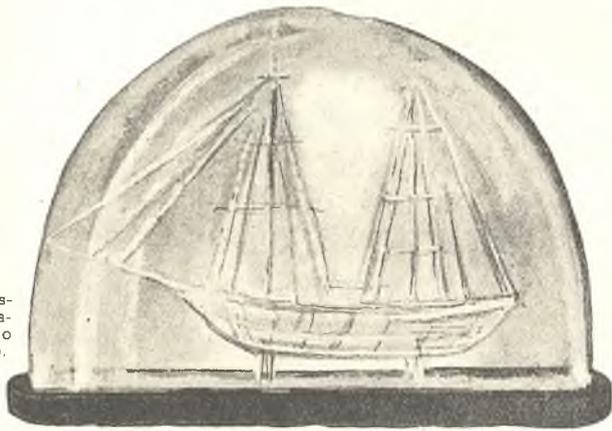
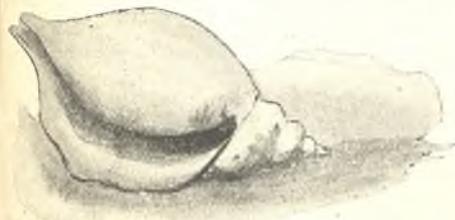


Adornos nuevos

Todos tenemos a mano un motivo de decoración alegre y económico del que no sacamos ni con mucho el partido debido. Este motivo son las flores. Frescas, recién cortadas, alegran nuestras habitaciones y son imprescindibles para la belleza de nuestros hogares. Pero aun secas pueden sernos útiles. El método de conservarlas lo conocéis todas: entre las páginas de un libro o, aún mejor, entre dos papeles secantes. Una vez bien secas se pegan sobre una cartulina o un cristal, y aquí tenéis algunos efectos diferentes que podéis conseguir tan fácilmente. No olvidéis que las plantas son tan decorativas como las flores.



Barco cubierto de sal cristalizada, dentro de un fanel, como aparato de luz o como efecto decorativo.



Las grandes caracolas, como floreros.



Un detalle en vuestro papel de escribir, una planta del lugar donde estáis.



Bolas de cristal que usan los pescadores, sobre un trozo de corcho arreglado, como aparato de luz.



Mesa decorada con plantas diseñadas.

HUERTA o Jardín

En la aldea y en la ciudad se ha ido sintiendo cada vez con más fuerza la necesidad de disponer de un lugar apacible y bello para el reposo y el recreo familiar.

El campesino y el ciudadano precisaban además que se hiciese fácil, sencillo, hacer un jardín y conservarlo en buen estado, en flor, la mayor parte del año, con muy pocos cuidados.

Sobre todo esto último: tener que ocuparse muy poco de él, no distrayendo tiempo para otras ocupaciones: el campo y la oficina en el hombre, y el hogar y los hijos en la mujer.

Eran necesarias dos cosas. Primera, hacerse fácilmente con plantas, no con semillas, que requieren tener espacios para sembrar y saber cómo se semillan, trasplantan y cuidan en su edad más delicada unas y otras especies de flor. Segunda, hacer jardines que respondan, no a la simple idea de verlos o de que adornen el espacio libre cercano a la vivienda, sino para «usarlos» y «vivirlos», conservándolos con un mínimo de atención durante el año.

Dedicamos hoy unas líneas al jardín de plantas vivaces, rústico, familiar, de poco coste y escasos cuidados, que constituyen un ejemplo típico de la jardinería contemporánea.

I.—A QUE SE LLAMA PLANTA VIVAZ Y DONDE LA ENCONTRAMOS

Veis con mucha frecuencia que muchas plantas de flor nacen, crecen y dan sus flores, que se van marchitando y caen, y llegado el otoño se muere toda la planta y acaba por morir, desapareciendo todas sus partes en las barreduras del jardín. Pero hay casos en que queda de ella alguna pequeña parte enterrada en el lugar donde vegetó, conservándose en vida de reposo, de inactividad, durante la estación fría, y a la siguiente primavera, de esa pequeña parte enterrada salen nuevos brotes, tallos, hojas y flores. Esta renovación vegetal se repite durante años y años en aquel mismo lugar, en el prado, en el borde del camino, en el altozano.

Esa es una planta vivaz. También lo son las «cebollas» de flor: tulipanes, jacintos, narcisos y también los «tubérculos» de dalias y de begonia.

¿Qué más da que las separemos o no del suelo donde brotan? El caso es que siempre nos queda una parte de la planta, que al año siguiente nos vuelve a reproducir la planta en cuestión.

Si hacemos en nuestro jardín—a ambos lados de un camino o formando líneas delante de un fondo de laureles, de durillos, de bojés y, en general, de cualquier masa de arbustos de hoja permanente, verde todo el año—una combinación de estas vivaces, que plantamos de una vez para siempre, tendremos un jardín de facilísima conservación, reducida, desde el año siguiente a la plantación, a ligar con pequeñas ataduras cada mata para que ocupe una extensión determinada, sin salir mucho de ella, y a ir quitando las flores marchitas, para que el jardín esté eternamente bello.

Y de estas plantas vivaces conocéis todas vosotras muchas en vuestro pueblo y en los montes y valles vecinos.

Por ejemplo: la matricaria, margarita o piretro, o la hierba julia, botón de plata o milenrama del Norte de España y el Pirineo; la manzanilla, de la que hay algunas especies anuales, también en toda España; los arabis, iberis y cestillas de oro, que florecen en toda España también; la malva común, diferente de la silbestre, que es anual; los conejitos o bocas de dragón, comunes en muchos parajes del Este y Centro de España, conociéndose también con el nombre de hierba becerra; las innumerables clases de áster o margaritas vivaces, de las que son muy conocidas las especies hispánicas, en la provincia de Burgos, la amellus en el Noroeste, la alpina en el Pirineo, y otras en Cataluña, Bajo Aragón y Sierra Nevada, floreciendo en total desde abril a octubre y dándonos, por tanto, toda una escala de flor para todas las combinaciones que se deseen.

Los bulbos o cebollas de flor y los tubérculos de dalias, begonias y peonías nos proporcionan complemento de esta clase de jardines.

II.—EL JARDIN DE VIVACES.—UN EJEMPLO

En el caso de jardín rural o campesino se puede empezar por trasplantar simplemente al jardín aquellas matas, bulbos o tubérculos de valor ornamental que se hayan observado con buena floración, espontáneas, en algún lugar cercano. Nos limitaremos, pues, a arrancar la planta, con algo de tierra (cepellón), en la estación fría, o mejor en el otoño, y hacer su plantación inmediata en el jardín. Este verano y en estos meses, toda aquella persona que desee ensayar un jardín de esta clase tiene ya una labor: observar las plantas vivaces de flor que puedan servirle—y que en la actualidad estarán en flor en el campo—, marcar el sitio e ir más tarde por ellas. Conoceréis así ya qué altura alcanzaba y cómo era de ancha la mata, pues estas dos cualidades son esenciales para la plantación: el porte y la amplitud. En el jardín de vivaces se obtiene éxito cuando, conociendo esas cualidades y la época y duración de la floración, junto a su colorido se combinan las plantas en los macizos de modo que todas «se vean bien» (aquí influye la altura y amplitud) y que sus colores concuerden, durante en flor el jardín el mayor número de meses posible.

En general, basta dividir el espacio destinado a la plantación en tres o cuatro zonas o bandas paralelas, y dentro de ellas disponer la mezcla de plantas según alturas y colores de flor. Por ejemplo: en la primera fila irán aquellas cuya altura de vegetación esté comprendida entre los cinco y quince centímetros (rasitras y enanas); en segunda fila, las que alcanzan de veinte a cuarenta centímetros; en la tercera, las que llegan ya de cincuenta a cien centímetros, y en la última, las que pasan del metro, como los girasoles, dalias y algunos áster.

Y vamos, como final por hoy, a concretar esto en un ejemplo:

Primera fila: 1, margaritas o milenramas; 2, cestillos de oro o manzanillas; 3, áster enanos; 4, azucenas o narcisos; 5, verónicas o anbricitas; 6, conejitos.

Segunda fila: 7, malvas; 8, flor de llama (Phlox); 9, espuelas de caballero (vivaces); 10, peonías, y 11, margaritas de gran porte.

Nos hemos limitado a dos filas, pero cabe intercalar, teniendo en cuenta alturas, alguna otra, a base de dalias, lupinos o tulipanes.

Respecto al colorido de flor, hay que tener cuidado de no repetir juntos colores iguales o parecidos, como el rojo y rosa, violeta y azul.

Como dentro de cada especie las hay con colores de flor distintos, cabe siempre, aun conservando especies, variar colores.

G. BORNAS

